

El anterior programa formaba también parte de las instrucciones dadas al conde Stadion.

El ejército de los aliados había ya situado junto a Bautzen, detrás del Spree, cuando el conde Stadion llegó, en 13 de mayo, a Górlitz del Neisse y celebró su primera conferencia con el conde Nesselrode y el canciller de Estado Hardenberg. Al pedir que se le indicara cuáles eran las condiciones de paz de Rusia y Prusia, los dos ministros exigieron, ante todo, la seguridad de que ningún aplazamiento, ningún pretexto ni ninguna ambigüedad en el lenguaje de Francia retardarían la marcha de las tropas austriacas, una vez que estuviesen éstas apercibidas para la lucha, y solicitaron la promesa cierta de la cooperación del Austria para el caso de que en 1.º de junio Napoleón hubiese rechazado o no hubiese aceptado sencilla y positivamente las condiciones por aquella potencia sustentadas. El conde Stadion exigió, por su parte, la promesa de que los aliados no se apartaran por ninguna causa, ni por un triunfo ni por un fracaso, de la inquebrantable firmeza de su actitud política y sobre todo militar, y produjo un efecto muy lisonjero cuando invitó a que se hicieran proposiciones para un plan de campaña común y se mostró dispuesto, aunque no tenía plenos poderes, a firmar respecto de la franca cooperación del Austria un tratado para el caso de que Napoleón rechazara sus condiciones (1). Al día siguiente, Stadion fue recibido en Wurschen por los dos monarcas: entregó al emperador Alejandro una carta del emperador Francisco José, fechada en 7 de mayo, que contenía las siguientes importantísimas palabras: «Acaricio el deseo de que sin derramar mas sangre pueda establecerse en Europa el orden de cosas que todos ansiamos. De lo contrario, nuestras fuerzas unidas y dirigidas a un fin determinado y en la mas perfecta inteligencia nos permitirán indudablemente conseguir el objeto mas noble a que pueden tender las potencias (2).» El conde Stadion fue tratado, desde el primer momento en que se presentó, como emisario de una potencia ya aliada: ningún cambio habían sufrido en él los sentimientos que durante sus tres años de ministerio había mostrado. Su nombre era a la par garantía de los sentimientos de los que le habían enviado y todo cuanto él hacía y decía inspiraba ilimitada confianza. Stadion entregó al conde Nesselrode un pequeño trabajo militar del príncipe Schwarzenberg, que le había enviado, en 12 de mayo, el conde Metternich y por el cual supieron los oficiales del cuartel general que los deseos de la dirección militar austriaca coincidían con los que personalmente animaban a ellos mismos.

El conde Stadion fue invitado a un consejo de guerra que el emperador Alejandro celebró en su habitación de Wurschen, y pudo añadir a su memoria de 16 de mayo un pequeño apéndice en el cual el príncipe Wolkonski y los generales Toll y Knessebeck habían consignado unas «proposiciones relativas al plan de campaña» que no podían menos de agrandar a la corte de Viena, porque todo el plan se basaba en la consideración de la situación geográfica y de la seguridad militar de Austria. El ejército aliado prometía perseguir de cerca al emperador Napoleón, en el caso de que éste quisiera lanzarse sobre Bohemia o dirigirse contra el ejército austriaco, y acosar al propio tiempo a todos sus amigos. Por otra parte, los austriacos debían avanzar desde Bohemia sobre Leipzig o Dresde cuando Napoleón se encontrara detrás de los aliados, entre el Elba y el Oder. A medida que el ejército austriaco se fuera atrayendo las fuerzas enemigas, los aliados avanzarían sobre éstas y no ce-

sarian de maniobrar a sus flancos, de envolverle y de hostilizarle con las tropas ligeras (3).

Esta inteligencia con el Austria, unida a los refuerzos que entretanto se habían proporcionado los rusos y los prusianos, dió nuevos alientos a los aliados para emprender, aunque en circunstancias muy difíciles, una nueva campaña. El día 18 de mayo presentóse Caulaincourt en las líneas avanzadas y solicitó una entrevista del emperador Alejandro, a quien quería proponer una tregua. Napoleón había colocado ya en un extenso arco 170,000 hombres para atacar a los 80,000 de los aliados, cuando éstos, en un consejo de guerra que se celebró el día 20 de mayo y al cual asistió Stadion, decidieron no recibir a Caulaincourt y manifestarle, por conducto de Nesselrode, que el emperador había aceptado la mediación del Austria y que solo por conducto del gabinete de Viena admitiría las proposiciones que se presentaran. El mismo día 20 de mayo escribía Wittgenstein a Bulow: «Con el carácter de la mas absoluta reserva participo a V. E. que se ha firmado la alianza con Austria y que esta potencia se lanzará a la lucha a fines de este mes (4).»

A las doce de este mismo día comenzó Napoleón la batalla de Bautzen con un ataque general contra los pasos del Spree, a la derecha y a la izquierda de aquella ciudad. Cuatro columnas, la de Oudinot a la derecha, las de Marmont y Bertrand a la izquierda y la de Macdonald al centro, avanzaron en buen orden simultáneamente. Oudinot, después de haber pasado el río por Grubschutz, avanzó hasta Wehltheuer, en el flanco izquierdo de los rusos. La ciudad de Bautzen había sido ya abandonada por Miloradowitz cuando los 5,000 prusianos del general Kleist, a pesar de la superioridad numérica cada vez mayor del enemigo, se mantenían todavía con valor heroico en las alturas que se levantan detrás de la aldea de Burk. Solo al anochecer y cuando estaba ya completamente envuelto retiróse Kleist a Litten, entre Kreckwitz y Kleinbautzen, donde se reunió con York (5). En la noche del 20 los aliados habían perdido la ciudad, el río y todas las posiciones de sus avanzadas. A las cinco de la madrugada del 21, Oudinot, apoyado después por Macdonald, avanzó contra los rusos, que formaban el ala izquierda de las fuerzas de los aliados; pero el ataque principal no comenzó hasta una hora después y fue dirigido contra el ala derecha, donde el mariscal Ney, seguido de Lauriston, se propuso introducir una columna de 70,000 hombres en la línea de retirada de los aliados. El general Barclay no tenía fuerzas bastantes para sostenerse en Preititz contra las fuerzas muy superiores con que Ney, desde Malschwitz, se lanzó sobre él. Con ayuda del general Kleist, que le envió Blucher de refuerzo, consiguió después de una encarnizada lucha reconquistar la aldea de Preititz y arrollar al enemigo hasta Gleina; pero en aquel momento Blucher, que hasta entonces tan denodadamente se había defendido en las alturas de Kreckwitz, vióse en ellas con tanto ímpetu atacado por dos cuerpos (el de Marmont y el de Bertrand) que hubo de pedir precipitadamente auxilio a York, y antes de que éste hubiese podido abandonar el puesto que ocupaba entre Blucher y Kleist y que tan amenazado se veía, tuvo Blucher que evacuar sus alturas (6), a consecuencia de lo cual York, que a

(3) *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 321-322.

(4) Droysen: *York*, tomo II, pág. 253.

(5) Friccius: *Historia de la guerra de 1813 y 1814*, tomo I (Altenburg, 1843), pág. 161. Odeleben, obra citada, pág. 90. Plötho, tomo I, página 154.

(6) Por consejo del teniente coronel Muffling, el cual dijo a Blucher y a Gneisenau, cuando Ney comenzó a escalar las alturas: «Tenemos todavía un cuarto de hora para salvarnos; después estaremos cercados. Si no aprovechamos este tiempo, los cobardes se rendirán y los valientes morirán luchando, desgraciadamente sin provecho alguno para su pa-

toda prisa acudía allí, fue recibido por el mortífero fuego de cincuenta cañones franceses. Precisamente en aquel instante Knessebeck (1) aconsejaba a los monarcas que interrumpieran la batalla y ordenaran a toda prisa la retirada por el camino todavía libre de Weissenberg, evitando de esta suerte que el ejército se viera completamente cercado. Habiendo aceptado los soberanos, no sin resistencia, esta idea, suspendióse la batalla y se verificó la retirada con tanto orden y union que los franceses no pudieron apoderarse de un prisionero, ni de una bandera, ni de un cañón.

En la noche de aquel sangriento día el emperador Alejandro, desde Reichenbach, hizo escribir al emperador Francisco José, diciéndole «que nada podría quebrantar su perseverancia y que entonces, mas firmemente que nunca, contaba con la cooperación de Austria (2).» Al día siguiente, el conde Stadion, desde el cuartel general de los ejércitos aliados, escribía a Berthier, príncipe de Neunburgo y jefe de Estado Mayor del emperador Napoleón, diciéndole que por una carta del general Bubna, fechada el 18 de aquel mismo mes, había tenido conocimiento de las intenciones que abrigaba el emperador Napoleón respecto de los medios para venir a parar a la negociación de la paz y que se había apresurado a comunicárselas a SS. MM. el emperador de Rusia y el rey de Prusia, los cuales, comprendiendo por las manifestaciones del emperador que éste opinaba que una tregua podría allanar el camino en este sentido, le habían declarado que estaban dispuestos a adoptar todas las disposiciones que para ello fueran necesarias y a enviar a los puestos avanzados a algunos oficiales con plenos poderes (3). Esta carta, tan primorosamente redactada, era hija de una conferencia que el conde Stadion había celebrado en Goldberg con el conde Nesselrode y con el general Knessebeck (4). A este último se le confió el encargo de desarrollar, con el mapa en la mano, un deseo de la corte prusiana: tratábase de probar si podría conseguirse una tregua que salvara a la ciudad de Berlín y a la mayor parte de los Estados del rey de Prusia y que, al propio tiempo, diera a los dos ejércitos aliados espacio para recibir los importantes refuerzos que se le habían puesto en camino, sin tener que pelear ni que retirarse mas. Si con seguridad hubiera podido contarse con que Austria entrara en acción a fines de mayo y que en esta fecha su ejército se pusiera en marcha desde las fronteras del país, el armisticio habría podido ser considerado como superfluo, si no como perjudicial; pero como Stadion no podía formular ninguna promesa concreta respecto de la cuestión de tiempo, y antes por el contrario parecía que la intervención de Austria podría retardarse hasta el 9 ó el 10 ó quizás hasta mediados de junio, de aquí que, a su modo de ver, fuese el armisticio el

único medio de evitar que los Estados del rey de Prusia quedaran completamente sacrificados y que a los aliados se les apartara de la dirección en que quería encontrarles el Austria en caso de que se decidiera. Nesselrode daba al armisticio mucho menos valor que Knessebeck, pues decía que Rusia se encontraba en excelentes condiciones, no teniendo en contra suya al Austria y teniendo a su favor a Prusia. Stadion no creía obtener un éxito cuando se decidió a hacer lo que hizo, pues a juzgar por lo que Napoleón había dicho en Dresde consideraba imposible que el emperador francés consintiera en que se pusiera a discusión su exigencia de que el Oder fuese la línea fronteriza, y Nesselrode y Hardenberg, por su parte, declaraban esta petición inadmisibles, pues de señalarse el Oder como frontera quedaba casi toda la Prusia abandonada al enemigo. Opinaba además Stadion que la redacción misma de la carta, escrita en los términos previamente convenidos, no era la mas a propósito para inclinar a Napoleón al armisticio. Ni él ni los que con él hablaban podían sospechar cuán vivos fueron a los pocos días los deseos de Napoleón de que se firmara el armisticio cuando vió que su adversario era tanto o mas temible para los que le perseguían en la retirada que para los que le atacaban en el campo de batalla. La primera tentativa que hizo para emprender personalmente con todo el séptimo cuerpo una tenaz persecución, trajo consigo el sangriento combate que el día 22 se trabó entre Reichenbach y Merkersdorf, combate que duró todo un día y en el cual Napoleón sufrió las mas sensibles pérdidas, ocasionadas por el mortífero fuego de artillería de la retaguardia rusa. Allí sucumbieron los generales Bruyères, Kirchner y Duroc, estos dos últimos heridos por una bala que, pasando por encima del emperador, fue a caer a cincuenta pasos detrás de él (5). Cuatro días después, es decir el 26, la division Maison cayó en Haynau en una emboscada que le tenía preparada el coronel Dolfís con la caballería prusiana: sorprendidos por ésta los franceses fueron en parte acuchillados y en parte hechos prisioneros, perdiendo entre muertos, heridos y prisioneros, 1,500 hombres y diez y ocho cañones (6). El mismo día 26 de mayo pudo el conde Stadion manifestar desde Janer que los aliados habían decidido mantenerse junto a la frontera austriaca y enviar un oficial de Estado Mayor al príncipe Schwarzenberg para enterar a éste de todos los detalles de los movimientos de retirada. En efecto, siguiendo los consejos de Knessebeck (7) los aliados se apartaron del camino de Breslau para dirigirse a la derecha hacia Schweidnitz y a la montaña: esta evolución a la derecha no solo fue un acontecimiento decisivo para las relaciones con Austria, sino que dificultó un desastroso plan que luego fracasó por completo a consecuencia del armisticio. En lugar del conde Wittgenstein, el emperador Alejandro había nombrado general en jefe al general Barclay de Tolly, el cual manifestó que para salvar de una completa disolución al ejército ruso, que ya había empezado a desunirse, no veía otro medio sino retirarse del todo a Polonia, donde necesitaría seis semanas para reorganizarse y renovar sus consumidas provisiones de municiones y víveres. Federico Guillermo no podía marchar a Polonia sin hacer abandono de su monarquía y de sí mismo, pero por otra parte la separación de los dos ejércitos hubiera dejado a los prusianos expuestos a los ataques de fuerzas muy superiores. Barclay dijo, en definitiva, al teniente coronel Muffling, que le hizo ver la imposibilidad de su plan: «Napoleón ha ofrecido un armisticio; si éste es rechazado, será inevitable la separación de los dos

tria.» A estas palabras siguió un profundo silencio: Gneisenau sostenía una terrible lucha consigo mismo, hasta que al fin exclamó: «El teniente coronel Muffling tiene razón, y dado el cambio de las circunstancias, no solo sería superfluo todo derramamiento de sangre sino que es para nosotros un deber conservar las fuerzas para mejor ocasión. Blucher consintió en la retirada y entonces desaparecimos por Gran Burschwitz.» Muffling: *De mi vida*, Berlín, 1851, págs. 42-43.

(1) En una carta autógrafa de 7 de octubre de 1847, Federico Guillermo IV nombró al general Knessebeck feld-mariscal, citando como uno de los «hechos indelebles» de la vida de éste «que él, el monarca, había presenciado con sus propios ojos, el de que Knessebeck, a pesar de las indicaciones de dos monarcas y de muchos que no tenían autorización para ello, ordenó la suspensión de la batalla de Bautzen y llevó a cabo la mas gloriosa retirada, la mas parecida a una victoria de cuantas registra la moderna historia militar.» Droysen: *York*, tomo II, pág. 252.

(2) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 333.

(3) Fain, tomo I, págs. 433-434.

(4) Memoria de Stadion, escrita en Goldberg en 23 de mayo de 1813. Una parte de la memoria está inserta en *Austria y Prusia*, tomo II, páginas 329-330.

(5) Odeleben, pág. 104.

(6) Plötho, tomo I, págs. 187-188.

(7) Muffling: *De mi vida*, pág. 52.

(1) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 316.

(2) *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 644-645.

ejércitos (1).» Existían, pues, entre los aliados imperiosas razones en pro de la tregua, pero más imperiosas eran las que tenía el emperador de los franceses para proponerla, según él mismo lo confesó claramente en su correspondencia íntima.

En 26 de mayo Napoleón había encargado en Bunzlau al duque de Vicenza que firmara un armisticio, señalando la orilla izquierda del Oder como frontera e indicando que la duración de la tregua debería ser de tres meses a lo menos, pues antes de dos y medio era de todo punto imposible reorganizar su caballería. El día 1.º de junio entró Lauriston en Breslau: esta ciudad, donde tres meses antes había comenzado el movimiento de la guerra de liberación, había caído en poder de los franceses, y tres días después el duque de Vicenza firmaba, por orden del emperador, en Poischwitz un tratado en el cual renunciaba a Breslau y a la línea del Oder y se dejaba encerrar en un territorio poco menos que esquilado, con fronteras perfectamente marcadas y que además de Sajonia solo contenía una mínima parte de Silesia (2): todo esto para conseguir un armisticio no ya de tres meses, ni siquiera de dos completos, sino de 46 días y denunciabile con seis días de anticipación. ¿A qué se debía esto? Habíase ya en 1.º de junio firmado una tregua de 36 horas, cuando, el día 2, el emperador francés ordenó al duque de Vicenza que cediera en las cuestiones de fronteras y de tiempo, aceptando lo que en un principio no hubiera podido admitir. La falta de caballería le impedía asestar grandes golpes y al mismo tiempo la actitud del Austria le parecía tan amenazadora, que creía preciso prepararse para guerrear con esta potencia (3) y conseguir, por tanto, un plazo para recibir todos sus refuerzos. No se le ocultaba que la opinión pública no había de considerar muy glorioso para él este armisticio. «En realidad, — escribía a Caulaincourt, — ¿por qué para un armisticio de seis semanas sacrificar un país de la importancia de Breslau? Yo lo cedo todo; el enemigo nada cede.» Pero en su situación general influía una fuerza poderosa, que no le permitía ningún aplazamiento. Caulaincourt confesó al conde Schuwaloff, en Poischwitz: «Sabed que el armisticio redundará por completo en ventaja nuestra. En confianza puedo decir que el emperador estaba tan impaciente por saber si se había firmado ya, que no solo me envió tres correos preguntándome si el asunto quedaba arreglado, sino que salió personalmente a recibir al que yo le envié.»

La noticia del armisticio que en 4 de junio habían firmado con Caulaincourt los generales conde Schuwaloff y Kleist produjo una explosión de descontento y de indignación entre los patriotas, que consideraban aquella tregua como precursora de una paz vergonzosa, cuando precisamente, como se vio después, era en realidad el último e indispensable preparativo para la lucha decisiva. En efecto, un perfecto conocimiento de la situación, como el que hoy poseemos, demuestra que si algún defecto tenía este armisticio era el de haberse firmado demasiado tarde, pues si se hubiese pactado antes habría podido salvarse a Hamburgo, y el cuerpo de voluntarios de Lutzow no se habría apartado del grueso del ejército hasta el punto de no saberse positivamente en dónde se encontraba, razón por la cual al firmarse el armisticio no podía calcularse cuánto tiempo se necesitaría para comunicarle oportunamente la noticia de haber sido firmado.

En los artículos 10 y 11 del armisticio se decía: «Todos los movimientos de tropas deben ser de tal manera efectua-

(1) Muffing, pág. 51. Observaciones de Gneisenau contra este plan. Véase Pertz: *Gneisenau*, tomo II, pág. 648.

(2) Odeleben, pág. 125.

(3) *Corresp.*, XXV, págs. 344-346.

dos, que el día 12 de junio cada ejército llegue a su nueva línea. Todos los cuerpos ó porciones del ejército aliado que se encuentren allende el Elba ó en Sajonia, habrán de regresar a Prusia. Los franceses y el ejército aliado deberán expedir oficiales que en todos los puntos anuncien el armisticio y pongan término a las hostilidades.»

El día 9 de junio, Lutzow recorría todavía con su cuerpo de voluntarios la jurisdicción sajona de Plauen, sin haber visto un oficial francés ni prusiano que le diera noticia del armisticio, cuando un destacamento de sus tropas regresó de una expedición que había emprendido a Holf llevando una carta del comandante bávaro que allí había en la cual se le notificaba la firma del armisticio. Desde aquel momento, lo mismo si conocía que si ignoraba el término del 12 de junio, hubiera debido abandonar el territorio enemigo por el camino más corto, para lo cual podía llegar en una jornada a la frontera bohemia ó recorrer en tres días, sin grandes esfuerzos, las 15 millas que le separaban del Elba, atravesando la Sajonia. Pero en vez de esto, lo que hizo fué permanecer con sus tropas varios días en Plauen, hasta que en 14 de junio un capitán sajón le presentó el texto oficial del armisticio: entonces se puso en marcha y acompañado de los sajones llegó muy cómodamente en la tarde del 17 a la aldea de Kitzen, junto a Leipzig, donde sus soldados, en el momento en que se disponían a vivaquear, fueron sorprendidos y en parte acuchillados, en parte dispersados ó hechos prisioneros por 4,000 ginetes franceses y wurtembergueses mandados respectivamente por los generales Fournier y Normann. Lutzow pudo escapar con 21 jinetes de aquella matanza y su ayudante, el teniente Korner, aunque gravemente herido, se pudo salvar y librarse de caer prisionero. El día 17 de junio, es decir, cinco días después del señalado en el armisticio, ningún destacamento del ejército aliado que se encontrara a la izquierda del Elba podía esperar cuartel, y mucho menos aquellas tropas que se habían hecho temibles por la lucha de sorpresas y emboscadas que hacían a espaldas de los ejércitos beligerantes y que eran, por esto mismo, consideradas por Napoleón y por otros como cuadrillas de bandoleros. «El armisticio para todos, menos para vosotros» había dicho Fournier al mayor Lutzow cuando éste en medio de la matanza se lo recordaba, manifestación que expresa perfectamente la salvaje cólera con que los soldados han mirado siempre estos cuerpos de voluntarios y de merodeadores. Esta cólera militar explica también que no se reparara en las mas desleales celadas para apoderarse de la víctima cercada y para sorprenderla infamemente cuando más descuidada estuviera (4). Esto no obstante, en aquella ocasión ni se violó el armisticio ni se faltó al derecho de gentes, como entonces se afirmó, pues que hacía mucho tiempo que no existía allí un derecho a la protección que aseguraba el tratado. Lo que sucedió no hubiera podido acontecer si las preciosas fuerzas que sin provecho para la gran causa se fraccionaban en estos llamados cuerpos de voluntarios, en vez de separarse hubiesen permanecido dentro del ejército prusiano. La fatalidad dió con ello una advertencia que la posteridad no había de echar en olvido. La juventud académica del pueblo alemán no cesó ni cesará de cantar y luchar como cantó y luchó el autor de *Lira y espada* pero no volvió a pensar ni pensará mas en un cuerpo de voluntarios.

(4) Sobre este punto véanse: Hausser, tomo IV, págs. 172-174; Beitzke: *Historia de la guerra de la independencia alemana*, 3.ª edición, tomo I (1864), págs. 441-445; Koberstein: *Casa salvaje é intrépida de Lutzow*, recientemente impresa en mí: *Libro con láminas prusiano*, tomándolo de los anuarios prusianos, Leipzig, 1887. Contra este trabajo se ha escrito la obra: *Cuerpo de voluntarios de Adolfo Lutzow, en los años 1813 y 1814*, de C. de L. Berlin, 1884.

CAPÍTULO III

INTERVENCIÓN ARMADA DEL AUSTRIA

Cuando el conde Metternich, con el carácter por él mismo escogido de mediador, se presentó entre las potencias beligerantes, usó un lenguaje que, en un principio, admitía una doble interpretación, por cuanto su sentido no se traducía por actos bien meditados aunque desconocidos en el mundo exterior. En el momento en que la corte de Viena había de decidirse por abandonar un lenguaje ambiguo y entrar en el terreno de los actos claros y explícitos, veíase obligada a hacer para reconquistar su poderío un sacrificio cuya importancia se iba poco a poco descubriendo. En efecto, para atender a los gastos de su armamento tenía que volver a la creación del papel-moneda, resucitando la deuda de que acababa de librarse a costa de una operación dolorosísima.

Un hecho basta para pintar lo terrible de la situación en que se encontraba el Austria á consecuencia de la guerra de 1809, y este hecho es el de que á principios de 1810 la nación estaba invadida por una masa de papel-moneda, representada por «billetes de banco,» por una cantidad cuyo valor nominal ascendía á 900 millones de florines, pero cuyo valor real y efectivo solo era de 225 millones. Y sin embargo, dos años después era el Austria tan feliz, que podía hacer la campaña de Rusia sin papel-moneda y sin acudir á los subsidios extranjeros. ¿Qué había sucedido, en tanto? Una bancarota del Estado, que había retirado de la circulación 1,060 millones de florines en billetes de banco, creando en su lugar unos «resguardos de redención» por un valor de 212 millones de florines, de suerte que los tenedores de billetes solo conservaron $\frac{1}{3}$ del valor nominal de éstos, perdiendo sencillamente los $\frac{2}{3}$. Tal había sido el espíritu del decreto de hacienda que el presidente de la Cámara áulica, el conde Wallis, había promulgado en 25 de marzo de 1811 con fecha de 20 de febrero, después que su antecesor el conde O'Donnell hubo tratado de conjurar la crisis con remedios que, lejos de mejorar, habían empeorado notablemente la situación (1). No habiéndose podido nunca someter á los territorios húngaros á los pagos, de que siempre habían sabido librarse con «voluntario patriotismo;» no habiendo habido resolución bastante para hacer que el Estado confiscara los bienes eclesiásticos, y no permitiendo la situación general disminuir notablemente los gastos del ejército, no le quedaba al Austria más recurso que la bancarota franca y leal, preferible á la bancarota vergonzosa é innoble que, con distinto nombre, dejaba subsistente la antigua miseria.

De esta suerte consiguió el Austria, á tan alto precio, la nivelación entre el dinero contante y sus «signos ficticios» de papel. Cuando á la bancarota vino á unirse la desgracia de una mala cosecha, el conde Wallis contestó á todas las proposiciones de reformas militares que hacía el conde Bellegarde, diciendo: «El Austria está tan postrada, que en diez años y quizás en treinta no puede pensar en una guerra (2).» En tales circunstancias, el simulacro de guerra que durante el verano de 1812 tuvo que hacer el príncipe de Schwarzenberg en la Polonia rusa y que ocasionó grandes sacrificios en hombres y dinero, fué lo más que la nación austriaca pudo realizar para tener al final de la guerra, como gran potencia, «un voto en el capítulo:» este era el único recurso que le quedaba para atender á sus propios y mas inmediatos y vitales intereses. «Si tuviéramos, — decía Metternich á Knese-

(1) A. Beer: *La hacienda de Austria en el siglo XIX*, Praga, 1877, páginas 44-45.

(2) Kronos: *Historia de los modernos tiempos de Austria*, Berlin, 1878, página 522.

beck, — 300,000 hombres en pié de guerra y conservásemos nuestros antiguos billetes de banco, usaríamos muy distinto lenguaje (3).» Evitar una guerra en el propio país era lo primero en que debía pensar Metternich á toda costa en 1813, por mas que interiormente sintiera los mismos deseos imperiosos de luchar que en 1809. El desengaño que de labios del conde Metternich recibía Knesebeck procedía de la ilusión que se habían hecho los de Potsdam de poder contar con 300,000 austriacos dispuestos á entrar en campaña; pero después que Knesebeck hubo visto que no existía en realidad el Austria armada y aprestada que él había soñado, comprendió que el conde Metternich hacía lo que en aquellos momentos era mas conveniente para el Austria y aun para los demás. «El Austria, — decía en 6 de febrero al rey (4), — no está preparada por el momento, pues solo cuenta con 50,000 hombres. Si con estas fuerzas se declara inmediatamente contra Francia, es evidente que la guerra pesará únicamente sobre ella, pues siendo la que está mas cerca de Francia el ejército francés la invadirá en seguida. ¿Qué resultaría de ello? Que el Austria no podría terminar sus preparativos; que Prusia no podría acudir sino muy tarde á su auxilio; que los ejércitos de Rusia tendrían que pelear en Austria, si es que podían penetrar en esta nación, y que toda la Alemania del Sur tomaría parte activa en la guerra contra el Austria. ¿Y por ventura se conseguiría de esta suerte el fin grandioso que del actual estado de cosas puede el mundo esperar? Difícilmente, siendo mas que probable que este fin quedara malogrado y que la lucha terminase con la pérdida de una provincia austriaca.»

Esta consideración hubiera sido decisiva para la conducta del Austria, aun en el caso de que no hubiese tenido deberes que cumplir respecto de Francia, á tenor de los tratados existentes; pero mas había de serlo desde el momento en que estaba aliada, desde 14 de marzo de 1812 con Napoleón, y que éste acababa de exigirle que aumentara en el doble el contingente de su ejército auxiliar. Toda la política de Metternich tendía primera y principalmente á libertar al Austria de esta cadena y á librarse de los compromisos contraídos con Napoleón sin entrar prematuramente en guerra con él. Daba Metternich el nombre de «movilidad» al estado que quería conseguir por medio del paulatino y amistoso alejamiento del tratado de 1812, y para sus fines servíale maravillosamente la declaración de que Austria abogaba por la paz y deseaba ser oída por las potencias beligerantes como mediadora imparcial. En el momento mismo en que Napoleón consintiera en esta pretensión abandonaba, fuesen cuales fueran sus segundas intenciones, la base jurídica que se había consignado en el tratado de 14 de marzo, pues un mediador no podía depender de una de las potencias beligerantes ni

(3) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 149.

(4) En la obra *Austria y Prusia* se inserta una parte de este documento todavía inédito. Respecto de la impotencia militar del Austria, dice Radetzky en una nota póstuma: «Estoy firmemente convencido de que las vacilaciones del Austria en unirse á los aliados, en el año 1813, se fundaban en la poca confianza que sus propios recursos le inspiraban. No había dinero y nadie creía en la posibilidad de poner en breve plazo al ejército en el debido estado de movilización. El ejército se encontraba antes de la guerra en un abandono demasiado deplorable: las compañías apenas tenían un efectivo de 60 hombres. El ejército no era entonces mas que una inocentada militar y los soldados no pasaban de labradores disfrazados, circunstancia que, en parte, explica el gran número de enfermos existente. Cuando en la revista militar que se verificó en el valle situado entre Teplitz y Arbesau, en 12 de setiembre de 1813, se puso la artillería en línea de batalla, los soldados del tren llevaban blusa y calzones de hilo, y para formarlos en línea los oficiales de artillería tuvieron que agotar todo el repertorio de voces de mando y de quejas.» Comunicaciones del archivo imperial de la guerra. Nueva serie (1887), páginas 73-74.